

## Agustín Alvarez, el moralista olvidado

Prólogo del académico Juan Antonio Solari  
(de un libro en publicación)

Desde nuestra mocedad sentimos honda admiración por la vida y la obra del doctor Agustín Alvarez. Los años no hacen sino reafirmarla, más reflexivamente si cabe, por la vigencia de su pensamiento esencial y por la proyección ética de su conducta de hombre y de ciudadano.

No pocas páginas le hemos dedicado y, al celebrarse el centenario de su natalicio, en 1957; tuvimos el honor de desempeñar la secretaría de la Comisión Nacional de Homenaje, cuya presidencia ejercía el eminente educador y publicista profesor Ernesto Nelson, con quien hablamos entonces sobre la necesidad de preparar un *Ideario* de Agustín Alvarez.

Cumplida hoy esa tarea —bajo la advocación del siempre recordado maestro y amigo—, nos complace en evocar nuevamente al pensador de *¿Adónde vamos?* Lo hacemos, antes que por mero afán memorativo, guiados por la decisión de recoger de su mensaje las enseñanzas y orientaciones que demandan las difíciles etapas que vivimos, no para venerar, en un culto funerario, cenizas del recuerdo, por ilustre que sea, sino para mantener en las conciencias viva la llama de un ejemplo y un pensamiento que pueden indicarnos el camino a seguir en medio de atajos y encrucijadas que intentan cerrárnoslo.

Es en arquetipos de la stirpe humana, intelectual y moral del maestro de *Manual de Patología Política* donde hemos de hallar estímulo para proseguir en la ardua tarea de nuestro tiempo. Porque ellos, al continuar la línea histórica de la nacionalidad y de sus fundadores, nos dicen que más allá de prédicas tan sospechosas como interesadas que sueñan con ignorar o despreciar un glorioso pasado que es siempre presente y futuro para los argentinos celosos de la suerte de la República, esa continuidad histórica señala la ruta de nuestra acción y que en ella debemos inspirarnos para mejorar, consolidar y enriquecer el legado de que somos depositarios y responsables. No será, ciertamente, escuchando a presuntos improvisados fabricantes de recetas salvadoras —ya ensaya-

das y fracasadas en otras partes del mundo—, que afrontaremos el indeclinable deber de resguardar y defender, con las instituciones democráticas, la libertad y la justicia en nuestra patria. Son las voces rectoras de quienes la forjaron desde los días augurales de Mayo y de los pensadores y estadistas que, a lo largo de las generaciones, la organizaron y enaltecieron las que hemos de atender, para completar su obra a la luz de las exigencias de esta época, no la prédica confusionista y tortuosa de oscuros regeneradores cuya meta no declarada se confunde con el marasmo colonial y la sombría petulancia de Rosas.

Entre esas voces dignas de ser escuchadas, la de Agustín Alvarez cuenta entre las más autorizadas y de más altos quilates.

José Ingenieros, que tanto contribuyó con sus ediciones de "La Cultura Argentina" a difundir la obra de ilustres compatriotas, en su estudio "La ética social de Agustín Alvarez", inserto en "*Sociología Argentina*" (1918), destaca la magistral personalidad del ensayista en términos merecedores de ser recordados:

"Una virtud, entre todas, debe admirarse —dice— en los grandes hombres y ser predicada a los jóvenes: el valor moral. Con ella son posibles la dignidad y el heroísmo; sin ella los más grandes ingenios pueden rodar al abellacamiento. Conocer algunas verdades y callarlas, por no exponerse a la natural enemiga de los que piensan las contrarias, es la mayor inmoralidad en que puede incurrir un estudioso. Compartir las doctrinas filosóficas puestas de moda por la política, no creyéndolas, es la más abyecta de todas las venalidades, pues ninguna como ella implica un renunciamiento de la dignidad personal.

El creyente sincero, sea cual fuere su doctrina o su dogma, es respetable, si tiene el valor moral de sustentar sus creencias desembozadamente, aceptando hasta las últimas consecuencias. Sólo es temible y nocivo el sectario que trabaja subterráneamente, el hipócrita que sigue caminos oblicuos, no dando la cara, tejiendo y destejiendo redes invisibles, mirando al hogar, la sociedad, la vida pública, sin exponerse nunca a perder las prebendas ni a recibir los golpes desmaridores.

El hombre leal y firme, por la moral implícita en su conducta, es el más alto educador de las generaciones nuevas; compromete su rango, pierde sus comodidades, renuncia a los honores y sinecuras que sólo podrían venirle adhiriendo a la mentira organizada. El hombre acomodaticio, magüer sea grande su ingenio, hace carrera a precio de su obsecuencia a todas las preocupaciones que están de moda en su ambiente social; habla lo que le conviene y no lo que piensa, se entusiasma por las cosas y las ideas en razón de la utilidad que

ellas le reportan, prefiriendo ser esclavo de las ajenas creencias, si ellas traen el éxito inmediato, a ser su director, si en ello puede haber gloria futura.

Fue Agustín Alvarez un raro ejemplar de hombre sincero, en quien se igualaban la firmeza y la virtud. Sociólogo, moralista y educador, pensó siempre en voz alta, seguro de sí mismo, generoso de su saber, fiel a sus doctrinas, sencillo, agudo, penetrante, bueno. Bueno en primer término; optimista como todos los buenos y como todos los optimistas sereno y estoico.

En las ciencias sociales desarrolló originalmente análogas premisas filosóficas de las que fueron punto de partida a la obra de Ameghino y Ramos Mejía, sus contemporáneos conspicuos. Menos técnico que el primero y más humanista que el segundo, transfundió en toda su obra un sentimiento idealista que siempre induce a compararle con Emerson, Guyau y Loboek, aunque pudiera acercárcele, con más exactitud al venerable educador español don Francisco Giner”.

“Tuvo, en cierto modo —como expresara Joaquín V. González—, la ventura singular de Lincoln, de haber entrado en el mundo de las ideas después de haber recorrido un buen tramo del camino de la experiencia”. “Puede decirse de él que vino a ese mundo *con los ojos abiertos* y pudo ahorrarse así el largo período de la ceguera inicial en el que tantos pierden la facultad de ver a fuerza de pruebas, de tutores, de guías y de ayos mentales”. “Ello le permitió elegir el mejor camino, esto es, elegir su propio camino con plena conciencia de los factores del problema; eligió por sus propios ojos, porque lo hizo después de ver todas las sombras ambientes, todos los peligros de la selva, todos los obstáculos de la montaña. Su vida, desde entonces, fue una ascensión continua: semejante a los antiguos filósofos neoplatónicos, que antes de consagrarse al mundo dedicaban largos años a la contemplación de las verdades profundas”.

Queda dicho que forjó su vigorosa personalidad moral e intelectual en el aprendizaje directo y fecundo de la realidad de la vida y de su medio, por la vía del trabajo, el estudio y la observación y, en su caso, afrontando desde la niñez el infortunio y el dolor. A los cuatro años, en efecto, con su hermano gemelo Jacinto —de larga y meritoria actuación en Mendoza—, como únicos sobrevivientes de la familia abatida por el terremoto que en 1861 azotó esa ciudad, conoció la angustia del total desamparo y la lacerante soledad del niño privado súbita y trágicamente de hogar y de padres. Años más tarde Alvarez evocaría esta hora aciaga en “*Fe de erratas*”, recordando cómo un amigo de la familia, que residía a diez leguas de la catástrofe, envió a su capataz para que recogiera a los dos huérfanos. “Cualquiera imagina el cuadro —dice—: un hombre marchando a tranco del caballo, fatigado por el viaje de ida, y llevando a sus costados, en lugar de

sandías y melones, dos chicuelos con la cabeza vendada. Esa interminable travesía por el desierto en compañía de un desconocido y en un vehículo de llevar cosas y no personas; sin hogar propio y en rumbo a un hogar ajeno; siendo una especie de presentación brusca de un futuro sin riberas, nos produjo una impresión inolvidable, asimismo superada en el punto de destino, pues las más solícitas atenciones de que fuimos objeto por parte de toda la familia no pudieron impedir lo inevitable, porque la presencia de los hijos con padres subraya siempre el sentimiento de desolación de los hijos sin padres". Recuerdo que sirve al moralista para reflexionar: "La vida solo vale por el amor y la amistad, por los afectos que la embellecen, y queda sin valor cuando esto desaparece, por lo menos hasta que sea reconstruido en nuevas formas", añadiendo este comentario revelador de su espíritu desprejuiciado y tierno: "Y es sin duda por estos antecedentes personales que nunca he podido comprender el temor de las gentes por «el fin del mundo»; por el contrario, siempre me ha parecido esa la menos desgraciada de todas las soluciones imaginables: no quedar nadie para sentir a nadie".

Episodio tan decisivo signó, sin duda, el curso de la existencia de Agustín Alvarez, formado en la escuela del deber, la abnegación y la conducta, guiado siempre por un anhelo profundo de análisis y de verdad, sin apego a fórmulas vacías y superficiales —tanto más respetables cuanto más invariables y aceptadas— y a la simple apariencia de los problemas humanos, políticos, sociales y morales, pues si algo singulariza su ejemplo y su prédica, que en él constituyen un todo armonioso y aleccionador, es su afán de llegar sin concesiones ni cálculos al fondo de esos problemas con agudeza de pensador y sociólogo, fervor de maestro y coraje civil de ciudadano.

Fue el tipo cabal del autodidacto, del *self made man*, como él gustaba presentarse, y de alcurnia sarmientina. Fuerza es seguir las etapas de su ahincado y proteico empeño de superación para comprenderlo y aquilatar mejor lo perdurable de su magisterio.

Nace en la ciudad de Mendoza el 15 de julio de 1857. Cursa en ella sus estudios primarios y secundarios, destacándose ya por su carácter firme e independencia de criterio. En el Colegio Nacional encabeza una revuelta estudiantil para obtener reformas en la enseñanza y cambio en las autoridades docentes. En 1876 se dirige al ministro de guerra y marina solicitando una beca en el Colegio Militar, ante la "forzada alternativa de abandonar la carrera de mi vocación por la militar, que si bien me agrada no era la preferida". Deseaba estudiar medicina, pero como no había rendido examen de latín —idioma muerto que no se necesita para seguir la carrera de las armas y que no hace al individuo más ni menos competente"—, obligado a asegurarse un porvenir, pide la beca. Ingresa finalmente en el tercer año de la clase de cade-

tes en mérito al antecedente de estudiante sobresaliente del Colegio Nacional mendocino y a las pruebas rendidas en el Militar. Inicia así su carrera, conquistando merecida reputación y ascensos. Participa de campañas en su provincia, en la expedición a los ríos Negro y Neuquén, en la lucha contra los indios en Azul y Guaminí, pasa a Buenos Aires y luego a Santiago del Estero, actúa en Chaco y Formosa, llegando a capitán en 1884.

Ese mismo año, cuando el joven capitán tiene 27 años de edad, se inscribe en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Su afán de cultura, unido a la experiencia recogida en las filas del ejército y a través de su contacto con buena parte del interior del país y sus poblaciones, cuya realidad llega a conocer como pocos, hacen del estudiante una figura singular en los claustros universitarios. Ha perfilado una personalidad recia; su inteligencia es penetrante; su temple moral, de una pieza. Es un lector infatigable, y la noble curiosidad por saber y observar que caracterizaron su infancia y su juventud, como estudiante y como soldado, se intensifica en este período de su existencia, llevándolo principalmente a metodizar sus lecturas y a adentrarse en el pensamiento y la obra de los grandes creadores y organizadores de nuestra nacionalidad.

En 1888 obtiene su título de abogado. Pasa fugazmente por la jefatura policial de Mendoza y poco después es designado juez civil. En 1890 solicita la baja y absoluta separación del ejército "por encontrarse imposibilitado por razones de salud y de intereses de familia", a lo que se accede, acordándosele "goce y uso del uniforme atendiendo a los años de servicio y a la buena conducta que siempre ha observado". Por entonces es nombrado profesor de filosofía y nociones de derecho en el colegio nacional de su ciudad natal. Los sucesos revolucionarios de ese año 90 cuentan con su simpatía y es amigo de no pocos prohombres que intervinieron, Alem entre ellos.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Eran años aquellos —expresa el profesor Arturo Andrés Roig— en que la política de la calle resonaba en las aulas y en los que hombres como Alvarez no podían hacer oídos sordos. A fines de mayo del 90 fue expulsado del Colegio Nacional de Mendoza el profesor Héctor Monneret de Villars, quien militaba en la oposición al juarismo. Alvarez da entonces a conocer una carta en la que lo felicita y le dice que ha sido separado, seguramente, "porque no poseía el servilismo indispensable para ejercer las funciones de profesor". Esta adhesión trajo a su vez la cesantía del mismo Alvarez, en los primeros días de junio de 1890, ante la cual respondió con una carta dirigida al entonces rector del Colegio Nacional, que es todo un documento de dignidad ciudadana: "Mendoza, junio 4 de 1890.

Al Sr. Rector del Colegio Nacional.

He recibido su nota fecha 2, por la que me comunica que por Resolución del Ministerio, etc., he sido separado del puesto de profesor

Salvo la conferencia sobre régimen interno militar —del 1º de junio de 1885 valiente y orientadora, que dictara siendo capitán del 5º Regimiento de Infantería—; y la tesis universitaria, su labor de escritor comienza a reflejarse en la revista *La Agricultura*, de Buenos Aires y poco después en el diario porteño *Tribuna* y otras publicaciones. El juez y profesor se entrega, así, a la tarea que habría de depararle, al margen de otras actividades y aun de su reintegro en el ejército en 1893, el lugar que ocupa con tantos altos títulos en la vida intelectual argentina. Aparecen en el citado diario, como folletín, los artículos que luego formarían su primer libro *South America* (1894) —subtitulado al publicarse “El arte de hacer barbaridades. Historia natural de la razón”—. Editó también en folleto *La teoría de los sacrificios patrióticos en la historia interna*. Electo diputado nacional por Mendoza (1892-96), acreditó en la Cámara versación en los asuntos de su preferencia, con palabra sencilla y a veces incisiva, huyendo de la fácil declamación y de los temas socorridos y trillados. Su crítica era fundada, sincera y el aporte de su conocimiento del país y sus necesidades no dejó de llamar la atención de sus colegas más inteligentes. Mariano de Vedia evocó al parlamentario, a los diez años de su muerte, en una página admirable:

“Produjo un efecto raro cuando se estrenó en la Cámara —recuerda—. Fue porque cuando Agustín Alvarez empezó a hablar, los que le oían se miraban entre sí como preguntándose con quién se las tenían que haber. Muy provinciano el tono, muy mendocino; filosofaba por todo y argumentaba a ras del suelo; invocaba una gran autoridad y ofrecía un ejemplo cómico, realizaba, en fin, una pieza de gran ironía polí-

---

de Filosofía, Derecho y Economía Política que desempeñaba en este Colegio.

Vd. me dijo que estaba muy satisfecho de la manera como yo cumplía mis obligaciones y que del mismo parecer eran los alumnos y por ende la causa de mi destitución no puede ser otra que la de ser notoriamente contrario a la *política patriótica, sabia y progresista* del Jefe Unico del P.A.N. (Partido Autonomista Nacional). En este supuesto y como Vd. no me lo comunica, ni se ha publicado el decreto respectivo, no puedo menos de constatar con agrado estos rasgos de pudor tardío, pero pudor siquiera, en cuya virtud el gobierno se abstiene de dar a luz esos documentos, que realmente no son para publicarlos en un país democrático en el que “todos los habitantes son iguales ante la ley y admisibles en los empleos *sin otra condición que su idoneidad*”, como lo dice el Art. 16 de la Constitución Nacional.

Celebro que se haya ocultado a mis ojos y a los del público el decreto del gobierno destituyéndome por no ser partidario incondicional del Jefe Unico del Partido Autonomista Nacional, pero conste una vez más que en el hecho existen en la República prerrogativas de partidismo político y que todos sus habitantes son admisibles en los empleos y descontables en los Bancos oficiales, sin más condición que la de ser partidarios incondicionales del Presidente, y que en esta parte y en otra más, ha sido enmendada en la práctica la Constitución, por exigencias de la *política patriótica*.

tica, sin que la Cámara ni el público alcanzaran a definir su género y su alcance. Los de Cuyo sabían quién era y lo que podía dar; pero no habrían de ser los primeros en celebrarlo, ni en adoptar actitudes que dieran la pauta. Hay que indicar a un auditorio qué clases de cosas está oyendo para que enseguida adquiriera una extraordinaria capacidad de interpretación. ¿Se trata de reír, de aplaudir, de llorar? Bueno, está listo. Todo consiste en sacarlo de su timidez desconfiada, cuando un orador original empieza desorientándolo. Recuerdo que aquella vez Alvarez hizo una cita magnífica y en seguida la tradujo a su modo, aplicándola a esos mandatarios que sólo advierten el interés de sus amigos. "Esto significa, dijo, que al gobernador de Mendoza le ha ocurrido lo que al caballo tuerto, que no come sino de un lado de la senda".

Decía frecuentemente "veloy" y usaba con espontánea propiedad y con singular gracia muchas expresiones provincianas. Cuando oía disparates en las tertulias privadas, o alguien se las confiaba mano a mano, él se encerraba en un repetido "ajá", "ajá", con que aislaba toda comunicación interior. "Siga no más, decía Bartolito Mitre, en análogas circunstancias; siga no más; no me molesta usted; yo no le oigo una sola palabra...". Y al general Roca parece que le preguntaron un día: "¿Cómo puede usted soportar a los charlatanes?" —respondiendo el general: "Les dejo la cara y me ausento...".

Al retornar al ejército, como dijimos, es vocal letrado del Consejo Supremo de Guerra y Marina, asimilado a coronel. Durante una década desempeñó estas funciones, hasta 1906. Su colaboración periodística se acentúa y en gran parte integra los libros que editó, como *Manual de patología política*

Lamento lo último en mi calidad de argentino; me felicito inmensamente de lo primero en mi carácter de individuo.

Cuando tantos hombres torturan su conciencia y sacrifican su dignidad física para alcanzar un empleo, luchando en competencia de servilismo para agrandar al poderoso, es ciertamente un gran consuelo y la más legítima de las satisfacciones poder ostentar una destitución honrosa, conquistada por independencia de carácter. Si la conciencia es el juez de cada uno, no importa perder las costas si se gana el pleito en lo principal, es decir, en la estimación propia, pues nadie ni nada me impedirá considerar gran honor lo que a título de castigo me adjudica. La dignidad no tiene precio cuando no la quiere vender el propietario, en cuya caso me encuentro, a Dios gracias.

El juez que hay en mi casa, Sr. Rector, está hoy de parabienes, y como la felicidad es incompatible con el odio, le declaro muy de veras que le agradezco con toda mi alma la parte de colaboración que le haya cabido en este para mí tan dichoso acontecimiento, y en prueba de que no me ciega la pasión política le declaro además que quedo altamente reconocido al Dr. Juárez por este único servicio que le debo y que es también el único que podía hacerme. Esto es cuestión de gustos; entre ser detestado por el pueblo o por los juaristas, carcañistas y demás gobierno, opto porque me hostilice «*el ilustre patriota que tan dignamente dirige los destinos del país*».

Saluda atte. al Sr. Rector, *Agustín Alvarez*".

(1899), *Ensayo sobre educación. Tres repiques*, de 1900, *Adónde vamos*, aparecido dos años más tarde. Sus trabajos, plenos de observaciones directas y frutos de una mentalidad inspirada en sanos propósitos de crítica y en ideales de perfeccionamiento individual y colectivo, no pasan inadvertidos. No era, la suya, una voz perdida, ni su actitud de combatiente, dejó de incitar a la reflexión a los espíritus libres, celosos por la suerte del país y sus instituciones. No recorría senderos prefijados ni halagaba el falso orgullo nacional. Censuraba, exhibía al desnudo defectos y fallas que muchos otros procuraban ocultar o silenciar, señalaba rumbos nuevos, y lo hacía sin esgrimir el látigo de Juvenal, con acendrada pasión de bien público, en un estilo llano, sustancioso, nutrido por la savia de una moral sin tapujos, rebosante de esa gracia criolla vivaz, un poco maliciosa y sarcástica a veces, que roza la epidermis sin hierirla. Eduardo Wilde, desde Washington, escribe al general Roca, "que leía siempre con atención al autor de *Adónde vamos*: «Los últimos números de *Tribuna* traen artículos preciosos. Uno titulado 'Victoria regia' de Agustín Alvarez es de mano maestra; me ha hecho acordar a Sarmiento por el coraje y la novedad de la forma». No era poco decir.

Alberto Gerchunoff, en la hermosa y medular conferencia que pronunciara el 7 de julio de 1938 en la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, al referirse al estilo de Alvarez dice que para desarrollar su función preceptiva con eficiencia quiso estar en relación con el pueblo y hablarlo, no con el despliegue dialéctico del catedrático que se alza en un sitial por encima del nivel de su auditorio, sino con la naturalidad con que el vecino habla al vecino, en el deseo de que ninguno deje de entenderlo y de ver hacia dónde va su razonamiento y su palabra. Le constaba que el soldado, las peonadas del interior de la República, los obreros de la ciudad, las gentes de la gruesa y extensa medianía, no penetraban ni podían penetrar, en su congregación enorme y difusa, las disquisiciones sistematizadas, las sociologías con lujo de especialización y convenía usar para ellos el idioma de la santa simplicidad. Y aún para los sabios y para los especialistas convenía recurrir a ese idioma porque aventajaba al otro en su potencia de convencimiento, al sustituir las ramificaciones parasitarias, tan distantes del arte como la vulgaridad, por el sople engendrador del espíritu.

Era Agustín Alvarez un alma criolla y se dispuso a dirigirse a sus compatriotas con desenfado criollo, que es una forma de familiar espiritualidad. De allí su llaneza expresiva, su estilo, suelto, de una agilidad y de una vivacidad de conversación entre amigos hondamente cultos y universalmente informados, que discurren sobre los problemas contemporáneos con el mate en la mano. No creamos —agrega Gerchunoff— que esa coloración típica que anima su prosa, con

entonación enjundiosamente personal y tan repleta de sabiduría, de malicia, de plasticidad, no despertaba reparos. Gustaba excesivamente todavía la locuacidad amanerada por el seudoclasicismo y enrevesada por el academicismo retORIZANTE. No parecía a todos adecuado ese lenguaje emitido con la automática escutez de la respiración. Suponían muchos que Alvarez carecía de lo que se consideraba darse cuenta de que eso, aún al lograrse, no es más que una forma, vale como "estilo", esto es, de brillantez hechiza, de pomposidad verbilocua, sin decir, relumbrante exterior, mientras que el estilo es una calidad interna, una transversación no aprendida de la personalidad. Alvarez tenía su estilo, jugoso, corredizo, impregnado de sabor y de humor, del que se desprendía como un fluido tibio su don de acercamiento, de adyacencia en la cordialidad, su genio atractivo. Su espontáneo antiformalismo juntaba en un maridaje, en que parecía arbitraria por la sorpresa, la grave cita sajona, la aducción de solemnes máximas de jurisprudencia o de aforismos aristotélicos, con la metáfora gauchesca o el proverbio rural. Pero se fueron acostumbrando todos a su disertación jocunda y migosa y se acabó por gozar sus sencillos y trascendentales ensayos en que el moralista, sazonado de complejo saber y el educador imbuido de ideal argentino, sacudía el marasmo de la población apta para enterarse de algo, revolvía su ser consciente y lo obligaba a meditar su triste y tenaz predicación. Con esta preocupación de ser simple y ser claro, criollamente claro, ejerció las misiones, los puestos, las cátedras que la vida le fue deparando y que humanizó con esa inextinguible emanación de bondad creadora que era su talento más pródigo.

Alcanzó una cultura vasta y a la vez profunda.

A la manera de Sarmiento, fue acreciendo sus conocimientos —realmente enciclopédicos— con inteligencia y seriedad; estudiaba con ánimo de informarse y formar su propio criterio, no por ostentación ni la pueril preocupación de lucimiento personal.

En sus primeros libros ello aparece abonado por el número de citas de los autores de su preferencia, que se reducen en sus trabajos posteriores. El profesor Roig, que se ocupó de "La crítica al eclecticismo y al positivismo hedonista en los escritos juveniles de Agustín Alvarez", en un estudio de 1957, establece que en los ocho libros de Alvarez editados por "La Cultura Argentina", que alcanzan a 2.186 páginas de texto, figuran, sin contar las dudosas y las de códigos, congresos, constituciones, declaraciones, revistas, diarios, etc., unas 1.832 citas del autor.

Entre los autores más renombrados figuran Taine, Ma-caulay, Sarmiento, Juan Agustín García, Emerson, Renan, Rousiers, Ihering, Laurié, Lubbock, Demolins, los cuales no todos son citados a lo largo de la producción entera de Alva-

rez; algunos aparecen utilizados casi exclusivamente en una sola obra. Otros, por el contrario, lo acompañan siempre y son ellos por lo tanto los que más interesan para su ubicación dentro del pensamiento. Son principalmente, Taine, Macaulay, Sarmiento, García, Emerson, Renan y Ihering.

Se lo acusó de no sacar partido de lo que leía, porque no vertía a sus expresiones las ideas que encontraba en otros, dándolas por suyas. Respondió: "Yo no quiero sacar partido... sino encontrar la verdad y no para reacuñarla sino para resemebrarla. No quiero acuñar gloria para el país en mi persona; no soy creador, sino propagandista de verdades útiles, como el departamento de agricultura es propagandista de semillas útiles. No me siento con autoridad para hablar por mi cuenta; ni es mi propósito el brillo, quiero solamente brindar a otros los andamios que me van sirviendo para reeducarme, por si quieren aprovecharlos y ninguna conspiciación de silencio me impone silencio, porque no busco el ruido... quien escribe para el aplauso no escribe por la verdad".

Esto prueba su alta preocupación docente y da jerarquía a su magisterio. No era de su parte una *pose*, sino una actitud espiritual honrada y veraz, sin apego a esa forma de intelectualismo que busca los caminos más fáciles y declina responsabilidades en la común tarea de contribuir al progreso integral de la comunidad. "Nadie necesita maestro para tirar la piedra y esconder la mano" —enseñó—. "Lo que es necesario enseñar es a estar a las duras, a sembrar, a tener una moral y no muchas, a asumir responsabilidades".

Entre parecer y ser, él trató de ser, y lo fué, de una textura mental y ética realmente extraordinaria en nuestro medio.

Su actividad no reconoce tregua. Profesor de la Escuela de Aplicación para oficiales y de Derecho Internacional en la Escuela Superior de Guerra; presidente de la Asociación Bernardino Rivadavia en esta Capital; integrante de la comisión nombrada por el Consejo de Educación para el estudio de los horarios escolares, organizador y presidente del Congreso Internacional del Libre Pensamiento celebrado en 1905, da a publicidad dos folletos: *El origen de las divisas* y *Las dos Buenos Aires*.

En 1906, al fundarse la Universidad de La Plata, Agustín Alvarez, cuya vinculación con Joaquín V. González arranca de su época de la Cámara de Diputados, encuentra en ella ocasión para influir en una importante obra educacional, dedicarse a la enseñanza y desarrollar, en un ambiente propicio, su propia acción intelectual y de publicista. Profesor titular de Historia de las instituciones representativas en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, consejero académico de la misma, delegado ante el Consejo Superior de la Universidad

y primer vicepresidente de ésta, ocupando durante un tiempo la presidencia, dicta luego Derecho constitucional e Historia crítica de la Nación, su labor fue intensa y orientadora. Ese mismo año pasa a retiro, con el grado de general de brigada, alcanzando sus servicios a más de treinta años. Su decisión de prestar apoyo a toda iniciativa progresista lo lleva a la presidencia de la Asociación Nacional del Profesorado; interviene en el Congreso de bibliotecas reunido en Buenos Aires; es delegado ante el Congreso científico celebrado en Santiago de Chile; forma parte del Tribunal de honor del Círculo de la Prensa. En 1908 publica en opúscula *El nuevo espíritu universitario* y su nuevo libro *La transformación de las razas en América*. Miembro de varias asociaciones científicas e históricas extranjeras, profesor suplente de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, colabora en *The Times*, de Londres, y en numerosas publicaciones del país, editando *Historia de las instituciones libres*. Aparecen luego varios trabajos suyos, entre ellos *El Centenario de Sarmiento*, con el discurso que pronunciara en el teatro Colón en mayo de 1911, en homenaje al prócer, de cuya comisión nacional fue tesorero. Viajó a Europa el año siguiente, llevando la delegación de la Universidad de La Plata al Congreso de Historia reunido en Londres en marzo de 1913,<sup>2</sup> coincidiendo con la aparición de su libro más orgánico y madura: *La creación del mundo moral*, verdadera síntesis filosófica que, como se ha dicho, le asignó un lugar de primera fila entre los moralistas de su tiempo. Encontrándose en la capital inglesa enfermó gravemente y si bien se recuperó en forma parcial, un nuevo ataque puso término a su existencia, en Mar del Plata, el 15 de febrero de 1914. Un lustro más tarde publicó, como póstumo, su libro *La herencia moral de los pueblos hispano-americanos*.

Tal es, a la luz de sus etapas más significativas, el intencional humano, intelectual y ético de Agustín Alvarez.

Perteneciente a la generación llamada del 80, o si se prefiere, a la de 1896, que fue en cierto modo su prolongación y en la que brillaron, entre otros, Juan Agustín García, Joaquín V. González, Ambrosetti, Ingenieros, Juan B. Justo, Alejandro Korn, aparece animado de los ideales liberales, constructores y generosos que ella supo incorporar a la vida de la República,

---

<sup>2</sup> Preparó en el viaje una ponencia sobre "Antecedentes de la incapacidad política de la América Española", pero, según informara *El Diario* de Buenos Aires, el 25 de abril de 1913 no pudo actuar debido a una repentina enfermedad. "Probablemente un factor que ha contribuido a la enfermedad del Dr. Alvarez —agrega la noticia— ha sido una gran contrariedad que ha sufrido cuando presentó su escrito al Congreso y el secretario de éste lo rehusó. (El secretario es un reverendo cura anglicano). Dio como razón una muy pobre y obviamente incierta, y como al Dr. Alvarez no le satisficiera, pensaba apelar al Presidente del Congreso cuando le sobrevino la dolencia que le obligara a guardar cama".

mas el empeñoso sembrador de ideas y removedor de convencionalismos y prejuicios, de corruptelas y fallas que fue Alvarez, se distingue de sus contemporáneos por la orientación diríamos apostólica —“una vehemencia silenciosamente apostólica”— de su prédica y por el estilo tan personal y acuciador de su mensaje. Recogió y supo interpretar el legado de la generación fundadora y actuó sin alardes ni complacencias, fiel a su destino de aprender y enseñar, de contribuir con la palabra y el ejemplo a golpear la conciencia moral del país y de sus hijos, con acento original, sin dejar, claro está, de lado la enseñanza del mundo y los grandes maestros, pero hundiendo el escapelo de la crítica y sus manos de forjador y civilizador en la tierra de su cuna y de sus ensueños de patriota de buena ley.

El lo hizo con gallardía, sin estridencias, con serena firmeza, pues “escribía como hablaba y actuaba como pensaba”. Tuvo que librar muchas batallas contra la incomprensión, el fanatismo, los intereses creados, la complicidad. No desmayó nunca, defendido por una conciencia diáfana y un pensamiento claro. Su pluma y su palabra fueron las armas de su milicia y supo honrarlas con su conducta como honró, con cultura e indeclinable sujeción al deber de cada día, las armas del ejército al que sirvió con honda vocación civil. Puso su nutrida experiencia humana y el acervo de una ilustración enciclopédica en función de ideas y principios renovadores, afirmativos, de enaltecimiento y dignificación del país y de su pueblo. Era —se dijo con acierto— el prototipo, en esa duplicación de capacidad y de sapiencia, de los ciudadanos que organizaron civilmente la Argentina y perseguían, junto con el afianzamiento del orden, su perfeccionamiento jurídico, lo que deberíamos llamar la ordenación de la libertad. Se dio cuenta de que la construcción superior del país sería la consecuencia de una labor educativa de sus elementos totales, en virtud de que la estructura del estado político puede ser meramente conceptual y hasta una eventualidad, y no así la nación que refleja en su fisonomía, con inexorable exactitud, la primitividad o la sensibilidad evolucionada de las densas mayorías que la constituyen. Se propuso ser, de acuerdo con esa conclusión, que aún debiera ser nuestra política unánime, un obrero de esa educación multitudinaria basada en la observación de lo que es el pueblo, de sus reacciones, de sus ímpetus, de sus propensiones o ausencia de propensiones, e idear los procedimientos para levantarlo y transformarlo en una materia cohesiva, en un cuerpo de vibración uniforme y arterial, con el sentido seguro de su posición y una dirección ardientemente previstas, racional y espontáneamente generadora de aliento ascensional y extensor.

No fue, como quiere presentárselo, un fanático. Su ideario sustancial responde a ideas, principios y normas fundadas en el examen crítico y en la razón. Por esto Ernesto Nelson ha podido expresar que “Alvarez fue el crítico de su tiempo, el

apóstol de una nueva sociedad, y desde este punto de vista su obra tiene puntos de contacto con la que realizaron los grandes reformadores religiosos que fundaron nuevos sistemas de ética social. Toda su prédica se encamina a destruir la creencia en el milagro; del milagro en la ley, del milagro en la instrucción, del milagro en la religión; a mostrar la ineficacia de una ley con ciudadanos que la obedezcan sin libre voluntad, de una instrucción que nutre el entendimiento sin educar el carácter, y de una religión, que consagrando estos extravíos, proclama que el dogma es todo y la conducta nada”.

“En la América del Norte se aprendió a trabajar y a gobernar; en la América del Sur se aprendió a rezar y a obedecer” —sentenció en *La Herencia Moral*. “En América se ha gastado más sebo y ceras para velas que jabón para la higiene” —decía, puntualizando la realidad de una situación cuyas consecuencias aún padecemos en el continente.

En *Adónde vamos* sintetiza su pensamiento: “Es necesario para nuestro progreso excluir las ideas, los sentimientos, las supersticiones y las costumbres hispano-coloniales; el ambiente ético debe ser renovado en consonancia con el espíritu moderno, sustituyendo la fe en los milagros por la fe en el trabajo, la fe en la mentira teológica por la fe en la verdad científica, la fe en el privilegio por la fe en la justicia”, pensamiento que se complementa con este de *South America*: “Por cierto que los pueblos tienen positivo interés en librarse de los gobernantes despóticos o dilapidadores que los arruinan, pero también los dilapidadores caídos y los aspirantes al despotismo tienen interés positivo en derribar a los gobernantes buenos y malos para suplantarlos, y para atraerse a tal efecto el concurso del pueblo le demostraron fácilmente que los gobiernos o los demás partidos, aun siendo tan hijos del país como ellos mismos, son malos porque no profesan sus doctrinas” . . .

La psicología política, que Alvarez ahondó certera y valientemente, primero en *South America* y luego en *Manual de Patología Política*, de 1899, cuyos cinco ensayos iniciales se publicaron en *Tribuna* bajo el expresivo título de “Manual de Imbecilidades Argentinas”, “es aquí —como advierte Ingenieros— más profunda, más cruel. Nadie puede curarse de los males que no se conoce; y como ningún pueblo necesita curarse de sus virtudes que no bastarían a causarle daños, lo que realmente importa es no ver sus defectos, para que las gentes los vean y se avergüencen de usarlos por necio patriotismo: “Todo lo contrario de los que desgraciadamente estilan en tales materias los hispano-americanos, que viven narcotizándose, en perjuicio propio, con virtudes reales pero de mala clase, o puramente imaginarias, que se atribuyen; resistiéndose heroicamente a mirar las suciedades morales y materiales cara a cara, para ahorrarse el trabajo de lavárselas” “Una cosa es cierta: el individuo y el pueblo incapaces de verse los defectos, están inhabilitados para corregirlos”.

En el primer capítulo del *Manual* —“Leche de clemencia”— examina la tolerancia del mal, verdadera complicidad de los cobardes que hace posible la maldad de los picaros.

“Una ética singular nos ha llevado a confundir la pillería con la ingeniosidad, la delincuencia con la desgracia y el mal carácter con el valor personal; de allí han nacido el culto de la viveza y el culto del coraje, que hacen admirar a los desvergonzados y a los bellacos. Un “vivo” puede cometer la mitad de los delitos consignados por el código penal; un “guapo” puede cometer la otra mitad. Un ladrón distinguido puede robar al fisco o a los particulares; si alguien le reclama el pago de su cuenta, el ladrón le manda los padrinos y mediante un duelo su honor queda limpio, si no aumentado”. Exagerando este hecho real, dice Alvarez: “El valor para atropellar al prójimo y la ilustración para deslumbrarlo y engañarlo son las dos llaves del porvenir para un argentino, porque son las dos calidades que allegan más consideración pública. No es necesario ser honesto; no es necesario ser activo y útil, y en rigor, ni el talento y la ilustración son necesarios; pero es absolutamente necesario ser guapo, o siquiera deslenguado. De un tal, que llegó a ser vice-profeta de su partido y que vio un día inesperadamente evaporado su prestigio, cuando más había hecho para mantenerlo, se decía: “ha decaído porque no ha sabido procurarse un duelo”.

“Mirando siempre —escribe— las calidades ajenas a la luz de las conveniencias propias, se llega en seguida a esa maldad ingenua del niño cazador que se quejaba de que las perdices “se estaban poniendo muy mañosas y ya no querían dejarse matar”, no distinta, por cierto, de la de un profesor religioso que ponía el grito en el cielo porque tenía que pagar hoy un peso por ocho horas de trabajo a los peones de su viña, cuando antes le pagaba medio peso por diez y seis, encontrando muy justo el aumento de precio de la uva porque esto entraba en su peculio y muy injusto el aumento de precio del peón porque esto salía de su bolsillo”.

Tomar al azar, de cualquiera de sus densas páginas, algunos de sus conceptos equivale a demostrar la vigencia de su meditación. Así por ejemplo:

“Para el bienestar basta el valor moral; para la figuración es necesaria la importancia y la importancia se puede alcanzar con mistificaciones”. He aquí por qué tenemos tanta vocación para el fraude y la mentira.

Lo que se compone con desmedidos, sigue descompuesto.

En los males que tienen compostura, el descontento es el estimulante del progreso, y la resignación es el narcótico del atraso.

Los vicios ocultados no constituyen salud moral. Ciertamente

que el país se desprestigia momentáneamente, pero también, ¿qué sería del individuo que, por vergüenza de la mugre, no se sacara la camisa sucia?

En *La teoría de los sacrificios patrióticos en la historia interna*, publicado en agosto del 93, en *Tribuna*, de Buenos Aires, afirmaba en una como síntesis de su poder de análisis y de claridad de ideas, tanto como de su decisión de decir y defender la verdad sobre todo y sobre todos:

“Cuando se estudia la historia argentina del año 20 adelante, lo que más choca la atención es la diferencia que medita entre las palabras y los hechos. El patriotismo, la libertad, la gloria, el honor, la justicia, etc., constituyen el relleno de todos los documentos de la época. Desgraciadamente, los resultados prácticos son de todos punto contrarios al ideal y al propósito de que procedieron. De qué manera el amor a la patria, a la libertad al orden, a la justicia y al honor vinieron a parar casi siempre en un despotismo personal?”.

Nuestra dura experiencia en el accidentado proceso político, social y moral del país, no nos permite desautorizar la amarga verdad del pensador. El mesianismo, la demagogia, la degradación, con su fuerza corruptora y disociadora, que enerva o desprecia el carácter, la conducta, el ejercicio consciente e inteligente del derecho y la libertad para beneficio de la colectividad, no de grupos, castas o camarillas, y deja sin resolver problemas fundamentales planteados y agudizados por las exigencias del progreso social y humano, nos obligan a penetrar en las enseñanzas del gran moralista olvidado.

“Cualquiera sea el grado de verdad o de error, de justeza o exageración que haya en el señalamiento del origen, siempre será difícil negar el acierto del sociólogo, moralista, crítico y educador que fue Agustín Alvarez —se ha expresado— preferentemente cuando el pensador anotó en sus páginas estos defectos nacionales: la confianza en el providencialismo gubernamental; la cómplice tolerancia con el mal; la falta de preparación para el ejercicio de la libertad; el charlatanismo que cubre con la declamación verbal la ausencia de realizaciones; la ignorancia; la falta de adecuado desarrollo del carácter y la voluntad; la mentira patriótica; la fe en los milagros de la ley, de la instrucción (sin educación), de la religión; la falta de sentimiento del deber; el fanatismo, la falta de iniciativa, la vanidad...”.

El nos dejó el fruto de sus reflexiones e inquietudes en esta página de *La creación del mundo moral*:

“Las tinieblas no son tinieblas para el vampiro, que puede ver en ellas su presa y no ser visto por ésta; para el malvado y el bellaco, para el que sólo tiene sentimientos brutales en su registro emocional, el desorden, que constituye un caldo gordo, es tan apetecible como el orden para el que sólo puede

prosperar en el orden. Por esto no buscan la luz y el orden los que pueden pasarlo mejor en las tinieblas y en el desorden. Y no es apagando la luz de la razón en la mente, y sembrando terrores en el corazón del hombre, según el plan musulmán de la vida, sino elaborando en el ser humano las aptitudes para ver en la luz y para prosperar en el orden, como se puede pasar de la barbarie a la civilización. Por esto fracasó en ese intento la teología cristiana de la Edad Media, cuando la civilización cristiana consistía en matar musulmanes y herejes, y la musulmana en matar cristianos e infieles, como fracasa en la América, en que los directores espirituales y los caudillos bárbaros están, respectiva y subconscientemente, interesados en que reinen las tinieblas y el desbarajuste”.

\*

Es Agustín Alvarez, entre los hombres de su generación, un auténtico maestro por su obra de pensador, sociólogo y ensayista tanto como por su conducta. No hay entre lo que dijo y lo que hizo separación posible, pues no reconoció sino una moral para lo privado y lo público, ajustó su pensamiento a normas que acreditó en el curso de una existencia fecunda y nutrida de experiencias. Esto le dio una autoridad intelectual, ética y personal poco común y permitióle afrontar, en su acción de educador y civilizador, las contingencias propias de una verdadera y activa milicia contra la mentira, los intereses creados, la ignorancia y los vicios y deformaciones de la mala política.

Otros podrán brillar por su estilo armonioso, por la elocuencia de su verbo, por la extensión académica de su saber; pocos, acaso ninguno de sus contemporáneos, puede igualársele por su fervor desinteresado en la defensa de ideas e ideales superiores, por su afán sin desmayo en una lucha ardua y con frecuencia ingrata, por su rectitud de hombre y ciudadano. Un hondo sentimiento de justicia, un amor sin miedo a la verdad, un espíritu cívico a prueba de resistencias enconadas y no pocas diatribas, un patriotismo dinámico y constructivo al servicio de una cultura abierta a todos los horizontes de la razón y la reflexión destacaron su recia personalidad. Enemigo declarado de la declamación y la vanidad, que enferman tantos temperamentos que podrían ser útiles en la común y permanente tarea de superarse y superar, la palabra y la pluma fueron en él instrumentos entregados sin reposo a una obra crítica fundada, de advertencias clarividentes, de dignificación individual y colectiva, de caminos de perfeccionamiento.

En un medio en que destacábanse tantos hombres inteligentes y de orientación progresista —como lo fueron muchos de su generación— pero en el fondo un poco escépticos, fuertes en la defensa dialéctica de sus ideas aunque a veces débiles en su sujeción a los principios que deben servirle de

base, Agustín Alvarez constituyó una excepción, mostrándose sincero hasta el sacrificio, valiente hasta la abnegación, firme hasta el heroísmo civil. El no pretendía, por cierto, llamar la atención hacia su persona ni quiso nunca convertirse en un caudillo más o en uno de esos "condottieri" de que es tan pródiga nuestra América. Pensaba y actuaba, estudiaba y observaba sin cerrar ni sus ojos ni sus oídos a la realidad de su medio y de su país, y así puede decirse de él que es el mismo cuando habla y cuando escribe, en una línea de continuidad moral y mental aleccionadora. Su inteligencia, alimentada sin reposo, supo ser fragua para el hondo pensar, no simple escaparate para exhibir conocimientos o lucir erudición. Y al sentir la necesidad de llevar adelante su magisterio —después de ver mucho y analizar con mirada penetrante nuestra evolución— no fue el sonoro pregonero de recetas milagrosas ni el agitador de premisas salvadoras. La sociedad de su tiempo no tenía secretos para él. Había vivido largos años en contacto directo con las poblaciones de casi todo el país, como militar en campaña; conocía a los hombres que dirigían la vida política y social nuestra; se había adentrado en la compleja urdimbre de sus intereses y ambiciones, legítimas o no; era difícil que se engañara respecto a programas y promesas agitados hábilmente para mejor usufructuar situaciones en pugna con el progreso general y el perfeccionamiento de nuestras instituciones, sistemas y costumbres; delimitaba bien hasta dónde las buenas intenciones suelen ser el disfraz de una realidad deplorable o retrógrada y no se desorientaba cuando tratábase de un error de buena fe o la contumacia culpable, para mantener la práctica lucrativa de vicios y corruptelas reñidas con la oral y el ejercicio de la democracia y la libertad; sabía cómo se manejan con designio avieso los resortes de los sentimientos y creencias tras el propósito de perpetuar el fanatismo, la ignorancia, el caudillismo y el atraso; no le eran desconocidas las causas y consecuencias de muchas décadas de una equivocada o falsa valoración de conceptos y cualidades que contribuyen a una verdadera formación ciudadana y cívica y cómo se explota y utiliza la credulidad popular para fines oscuros y torcidos. El panorama real de la República y la entraña de sus problemas esenciales le eran familiares; no sólo en los libros había aprendido a conocerlos, sino en su frecuentación cotidiana, en su irrefrenable anhelo de profundizarlos y estudiarlos en función de la verdad sin tapujos y de un criterio analítico sin convencionalismos. Nutría su espíritu una noble inquietud de reformador, de pensador, de maestro. El educador llegó, así, por los caminos de la realidad y la reflexión, a armarse de los medios para su obra, acorazado y templado por una poderosa pasión de bien público, de amor a la patria, de serena altivez, de probidad orientadora. No era —repetámoslo— su voz la del catedrático engolado ni la del tribuno en busca de aplausos; era la voz de quien pone en su palabra

o en su página el inconfundible acento de una autoridad que no reclama que se la reconozca nadie porque la ha conquistado ante su propia conciencia de hombre honrado, de sociólogo y moralista diplomado en la escuela de su propia vida, enaltecida y ennoblecida con rasgos de dignidad irrefutable, con perfiles éticos relevantes, porque era, ante y sobre todo, una conducta en acción.

Cumplió su misión sin desesperarse por posiciones y recompensas, atendía su deber. Lo hizo con sencillez de veras apostólica, sin caer en las fallas que señalaba y criticaba, sin gesto adusto ni ceño amenazante; por el contrario, al poner al descubierto los males y defectos diríase que una gran comprensión histórica y una recomendable sabiduría humana le impedían desgarrar, bisturí en mano, la parte enferma de la sociedad.

A modo de clínico experto antes que cirujano apresurado, no gustaba de amputaciones dolorosas e inútiles que pueden terminar con el paciente. Su método queda abonado por este consejo suyo: "Para curar un mal y prevenir su reincidencia es necesario determinar previamente sus causas". Es lo que no dejó de hacer y como sabía que "nuestra enfermedad es la ignorancia y su causa el fanatismo", señaló el remedio de la escuela y del maestro como médico, subrayando que "una raza de hombres no se mejora durablemente por la cruce con otras mejoradas, como los caballos, sino por la mejora de sus propias ideas, pensamientos y costumbres; una raza de hombres no se mejora por su "transformación étnica" sino por su "transformación mental".

"América —recalcó— vive encendiendo velas a los santos para que vean a quienes deben hacer milagros, y no enciende luces en la inteligencia de los niños para alumbrar el camino de la existencia, porque entendía que "lo que los padres querrán dejar a sus hijos, lo que buscarán en el matrimonio los hombres y las mujeres será la aptitud para conducirse y prosperar por sí mismos, la capacidad intelectual, moral y física para la felicidad humana por la fraternidad, la sensatez, la dulzura, la belleza del alma; por el trabajo y la amistad, según aquella exacta definición de la dicha, que la hace consistir en "tener siempre algo que hacer, alguien a quien amar, alguna cosa que esperar".

Este fue el tono de su prédica, nada tremebunda ni espectacular, sino inspirada en propósitos educativos de reeducación a fondo, si se quiere, y siempre con palabra sustanciosa, franca, llana, con savia rica de pensamiento y matizada de un gracejo muy nuestro, en que la anécdota adecuada, la cita pertinente y el recuerdo oportuno dan fuerza a la exposición. Las ideas bullían en su mente y le venían a la pluma —una pluma a veces retozona y hasta burlona sin ser despiadada—, con frescura y abundancia de caudalosa corriente purifica-

dora. El no habría, según se dijo con justeza, borrado un adjetivo exacto para evitar una consonancia, y el estilo de sus libros, formados en su casi totalidad por escritos periodísticos, podrá merecer reparos a literatos profesionales y a los peritos del estilo sin estilo, mas hay en ellos tal riqueza conceptual, tal vigor expresivo, una tan expansiva vibración interior que lo singularizan en el conjunto de nuestros publicistas. Una página de Alvarez se reconoce de inmediato; tiene su sello; el de su pensar y su hacer, en consonancia íntima, sin dobleces ni vericuetos. Sus ideas claras le daban un claro estilo, y si en ocasiones sus párrafos resultan como sobrecargados y llega, como todo forjador, a golpear con insistencia sobre el mismo metal, hay en su faena de periodista, al igual que en Sarmiento, un *leit motiv*, una pasión docente, un impulso civilizador que la salva, sin hablar de muchas otras —especialmente en *La creación del mundo moral*, su libro más orgánico y de madurez, síntesis de su filosofía—, en que “su prosa fluye cálida en elocuentes amplificaciones, remansada en felices sentencias, iluminada por imágenes vigorosas, subrayadas por sabrosos dichos, robustecida por comparaciones y antítesis oportunas”.

\*

Vivió cincuenta y siete años. Nos ha dejado en sus libros y con su vida un luminoso mensaje. No lo improvisaba. Fue elaborándolo con ciencia y conciencia, como fruto de dura experiencia y largo estudio. Al entregárselo a sus compatriotas no lo movía sino el anhelo de recoger y actualizar el legado de hombres como Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Mitre, legado fundado en principios liberales, democráticos y justos al que Alvarez supo infundir —trabajando sobre la realidad argentina de su época— el aporte coincidente de los pueblos y pensadores más evolucionados del mundo.

Se ha dicho con verdad que la democracia en lo político, el liberalismo en lo moral, el laicismo en lo pedagógico y la justicia en lo social fueron los cimientos de su vasta obra de pensador y maestro, orientado en el sentido educacional de Sarmiento y eticista de Emerson.

Quisiéramos que su noble mensaje fuera estudiado y difundido por nuestro pueblo y de preferencia por la juventud, sobre todo en esta hora tan difícil y a la vez inquietante para los destinos de la República. Algunas de sus urgentes prédicas pueden haberse atenuado y aún reclaman ser complementadas, pero lo sustancial de su ideario ético y sociológico conserva rigurosa vivencia y quizá como nunca su generoso y ahincado empeño de prepararnos para trabajar por un mayor imperio de la verdad, la razón y la justicia deban guiar nuestro esfuerzo.

Porque —como lo manifestara— “si pudiéramos hacer

una política humana, asumiendo cada uno su parte de responsabilidad correspondiente a su lote de errores, en vez de acaparar esa perfección casi divina que lo obliga a no corregirse de nada para ser consecuente con su papel de político balsamo y triaca; si en vez de esta política inhumana que divide a las gentes en dos campos, los enteramente buenos y los enteramente malos; que pone en bloque todas las deficiencias de un lado y todas las suficiencias del otro; si pudiéramos confinar nuestras pretensiones a la verdad de las cosas, aparecerían a nuestros ojos las deficiencias comunes, hoy recíprocamente involucradas en las del adversario, y un cúmulo de males que no cambian con el cambio de hombres podría ser fácilmente eliminado entonces, porque todos querríamos eliminarlos y hoy nadie desea eliminar porque a cada uno le sirven para achacárselos al otro, en una deshonestidad colectiva que no avergüenza a nadie porque es de todos”.

Para asegurar la divulgación de su Ideario fundamental, entregamos este libro con más de mil pensamientos, seleccionados de sus obras, que ofrecen una completa y orientadora síntesis de los temas de Agustín Alvarez y que, en sustitución de las ediciones agotadas, pondrá al alcance de los estudiosos y del pueblo un caudal valioso de enseñanzas y reflexiones destinadas a elevarnos moral e intelectualmente, preparándonos a afrontar la ardua tarea de los días que vivimos. Es este un digno homenaje al gran moralista olvidado, y nos sentiríamos felices de haber aportado a ello nuestra modesta colaboración.

*Juan Antonio Solari*

\*

## BIBLIOGRAFIA

Además de la citada por Pedro C. Corvetto en su excelente *Perfil de Apóstol* (El Ateneo, 1934) y de las ediciones de sus obras por “La Cultura Argentina”, con interesantes estudios prologales, pueden consultarse sobre la vida y el pensamiento de Agustín Alvarez, las que siguen, entre las más recientes:

*Cursos y Conferencias*, revista del Colegio Libre de Estudios Superiores (Buenos Aires), octubre-noviembre 1937, conferencia de Alberto Gerchunoff.

*Un moralista laico*, por Manuel García Crespo, La Plata, 1941.

*¿Adónde vamos?*, de A. Alvarez, 1952, con prólogo de Roberto F. Giusti.

*Homenaje del Colegio Nacional Agustín Alvarez*, de Mendoza, 1957.

*Los Maestros. Agustín Alvarez. Páginas escogidas*, con una síntesis cronológica de la vida y la obra del autor, por Eduardo Pettoruti (Universidad Nacional de La Plata, 1965).